

Ministerio de Cultura de Brasil  
SEMINARIO INTERNACIONAL SOBRE DIVERSIDAD  
CULTURAL  
Brasilia, 27-29 de junio 2007

---

## DIVERSIDAD en CONVERGENCIA

**Jesús Martin-Barbero**  
**Bogotá COLOMBIA**

---

“El pensamiento actual acerca de las relaciones entre cultura y tecnología llega mayoritariamente a conclusiones desesperanzadas y se detiene. Los conservadores culturales dicen que la televisión por cable es la última ofrenda de la caja de Pandora y la transmisión por satélite coronará la torre de Babel. Al mismo tiempo una nueva clase de intelectuales, que dirige los centros en que operan las nuevas tecnologías culturales e informáticas, hablan confiadamente de su ‘producto’. Ninguna de esas posturas es un suelo firme. Lo que tenemos es una pésima combinación de determinismo tecnológico y pesimismo cultural. Así, conforme una tras otra de las viejas y elegantes instituciones se ven invadidas por los imperativos de una más dura economía capitalista no resulta sorprendente que la única reacción sea un pesimismo perplejo y ultrajado. Porque no hay nada que la mayoría de esas instituciones quiera ganar o defender más que el pasado, y el futuro alternativo traería precisa y obviamente la pérdida final de sus privilegios”.

Raymond William

### I. El nuevo sentido de la diversidad en la interculturalidad

Los permanentes homenajes a la diversidad cultural que encontramos hoy, no sólo de parte de los gobiernos y las instituciones públicas internacionales, sino también de organizaciones del ámbito empresarial de las industrias culturales, son inversamente proporcionales a lo que sucede en el plano de las políticas que protegen y estimulan esa diversidad. Pues todo, o casi todo, queda en aquellos niveles de decisión a los que ni tienen acceso los actores del plano local ni se cuenta con verdaderos mediadores de lo mundial. Cuando donde hoy se juega la supervivencia de la diversidad es en una nueva institucionalidad mundial de lo cultural que sea capaz de interpelar a los organismos

globales. Nueva institucionalidad que sólo surgirá de un nuevo tipo de relación con la, hasta ahora pretendidamente única "relación fundante", la de la cultura con el Estado/nación. No se trata, claro está. de sustituir al Estado sino de reinsituirlo o reinstitucionalizarlo ciudadanamente en términos de interacción con la iniciativa de las comunidades locales y de interpelación a los nuevo actores mundiales.

## **1. Pensando la relación tecno/cultura desde Latinoamérica**

"Entre el atrincheramiento fundamentalista y la homogenización mercantilizada hay lugar para estudiar y discutir qué puede hacerse desde las políticas culturales a fin de que las alianzas económicas no sirvan sólo para que circulen libremente los capitales sino también las culturas(.) 'Lo latinoamericano' no es un destino revelado por la tierra ni por la sangre: fue muchas veces un proyecto frustrado; hoy es una tarea relativamente abierta y problemáticamente posible".  
N.García Canclini

La temática asignada a este panel, diversidad y convergencia digital, es tan crucial para América Latina que no puedo comenzar sino situando la perspectiva de mi reflexión en este contexto. Un contexto en el que sobresale en los últimos años un rasgo fuertemente alentador: el retorno de la política al primer plano de la escena después de casi veinte años de sufrir la perversión de tener a la economía -trasvestida de ciencia pura y dura- actuando como único e inapelable protagonista. Suplantando a la economía política, la macro-economía no sólo relegó la política a un lugar subalterno en la toma de decisiones sino que ha contribuido grandemente en nuestros países al vaciamiento simbólico de la política, esto es a la pérdida de su capacidad de convocarnos y hacernos sentir juntos. Con la secuela de des-moralización que ello ha producido al traducirse una creciente percepción de humillación y sensación de impotencia individual y colectiva. El secuestro de la política por la macroeconomía ha contribuido también a la deslegitimación del Estado, convirtiéndolo en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC sobre una sociedad cada día más desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones obligados a emigrar hacia USA y Europa. Pues al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado busca redefinir la misión propia del Estado, y ello mediante una reforma con la que, a la vez que se le marcan metas de eficacia cuyos parámetros, eminentemente

cuantitativos e inmediatistas, provienen del paradigma empresarial privado, se le descentra pero no en el sentido de un profundizamiento de la democracia sino en el de su debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional. Es por todo eso que el retorno de la política oxigena el ambiente ensanchando el horizonte no sólo de la acción sino del pensamiento, que se ha visto también seriamente afectado por la alianza entre pensamiento único y determinismo tecnológico. Vuelve la política con todo lo que ella conlleva de inercias y vacíos pero también de esfuerzos por recargarla de densidad simbólica y por avizorar nuevos ángulos y narrativas desde la que pensarla y contarla.

Pensar la relación entre técnica y cultura desde Latinoamérica implica tomar distancia, como señala R. Williams, de la nefasta combinación entre determinismo tecnológico y pesimismo cultural, tendencia esa que corresponde a la posición de no pocos pensadores europeos de la talla del politólogo Giovanni Sartori o del crítico literario y analista cultural Georg Steiner. Frente a esa tendencia se alza el pensamiento crítico del geógrafo brasileño Milton Santos en cuyo último libro<sup>1</sup> publicado en vida traza su desafiante visión de la globalización a la vez como perversidad y como posibilidad, esa paradoja cuyo vértigo amenaza con paralizar tanto el pensamiento como la acción capaz de transformar su curso. De un lado la globalización fabula el proceso avasallador del mercado, un proceso que al mismo tiempo que uniforma el planeta profundiza las diferencias locales desuniéndolo cada día más. De ahí la perversidad sistémica que implica y produce el aumento de la pobreza y la desigualdad, del desempleo tornado ya crónico, de enfermedades que, como el sida, se tornan epidemia devastadora en los continentes no más pobres sino más saqueados.

Pero la globalización representa también un conjunto extraordinario de posibilidades, cambios ahora posibles que se apoyan en hechos radicalmente nuevos entre los que sobresalen dos: una, la enorme y densa mezcla de pueblos, razas, culturas y gustos que se producen hoy -aunque con grandes diferencias y asimetrías- en todos los continentes, una mezcla posible sólo en la medida en que emergen con mucha fuerza filosofías otras que ponen en crisis la hegemonía del racionalismo occidental; y la otra, unas nuevas tecnologías que están siendo crecientemente apropiadas por grupos de los sectores subalternos posibilitándoles una verdadera "revancha sociocultural", esto es la construcción de una contrahegemonía a lo largo y ancho del mundo del mundo.

Para Milton Santos ese conjunto de posibilidades abren la humanidad por primera vez en la historia a una "universalidad empírica" y de ahí a una nueva narrativa histórica. Pero la construcción de esa narrativa pasa por una "mutación política", un nuevo tipo de utopía capaz de asumir la envergadura de los siguientes desafíos:

- la existencia de un nuevo sistema técnico a escala planetaria que transforma el uso del tiempo al producir la convergencia y simultaneidad de los momentos en todo el mundo,
- el atravesamiento de las viejas tecnologías por las nuevas llevándonos de una influencia puntual –por efectos de cada técnica aisladamente como lo fue hasta ahora- a una conexión e influencia transversal que afecta directa o indirectamente al conjunto de cada país,
- lo que implica la actual mediación de la política, pues si la producción se fragmenta como nunca antes por medio de la técnica, nunca fue más fuerte la unidad política que articula las fases y comanda el conjunto a través de una poderosa "unidad del motor" que deja atrás la pluralidad de motores y ritmos con los que trabajaba el viejo imperialismo: el nuevo tipo de motor que mueve la globalización es la "competitividad exponencial" entre empresas de todo el mundo "eigiendo cada día más ciencia, más tecnología y mejor organización",
- la peculiaridad de la crisis que atraviesa el capitalismo reside entonces en el entrechoque continuo de los factores de cambio que ahora rebasan las viejas gradaciones y mensurabilidades desbordando territorios, países y continentes,
  - ese entrechoque, hecho de una extrema movilidad de las relaciones y una gran adaptabilidad de los actores reintroduce "la centralidad de la periferia", no sólo en el plano de los países sino de lo social marginado por la economía y ahora recentrado como "la nueva base en la afirmación del reino de la política".

Lo que nuestro tiempo pone entonces de rasgo peculiar y condicionante al pensamiento sobre la técnica es su estrecha relación con una globalización que, en la velocidad y brutalidad de los cambios con que lleva a cabo la "unificación planetaria" hace ya visibles algunos de los rasgos societarios más perversos de la mutación que atravesamos. Entre ellos el de mayor alcance es el divorcio creciente entre Estado y sociedad. Pues al estar hoy estrechamente moldeado y vigilado por las reglas de juego que ponen las instituciones de la unificación económica global -Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio y el Banco Mundial- el Estado que

encuentra una enorme dificultad para responder a las necesidades, demandas y dinámicas de su propia sociedad.

En Latinoamérica estamos pues ante una sociedad estructuralmente fracturada, pero en la que al mismo tiempo sus comunidades culturales<sup>2</sup> –desde las indígenas a las juveniles urbanas, pasando por algunas de sus pequeñas y medianas industrias culturales- se están convirtiendo en un ámbito crucial de recreación del sentido de las colectividades, de reinención de sus identidades, de renovación de los usos de sus patrimonios, de su reconversión en espacio de articulación productiva de lo local y lo global. Aun en medio de los más brutales procesos de recesión económica, de inequidad y exclusión, nuestras sociedades viven las transformaciones mundiales que asocian un nuevo modo de producir a nuevo modo de comunicar que, como afirma M. Castells<sup>3</sup>, convierte a la cultura –la humana facultad de procesar símbolos- en una fuerza productiva directa. Con lo que, si la revolución tecnológica de las comunicaciones agrava la brecha de las desigualdades entre sectores sociales, entre culturas y países, ella moviliza también la imaginación social de las colectividades potenciando sus capacidades de supervivencia y de asociación, de protesta y de participación democrática, de defensa de sus derechos sociopolíticos y culturales, y de activación de su creatividad expresiva.

## **2. Interculturalidad y sostenibilidad cultural**

Antes de aparecer en el campo de la tecnología la idea de convergencia había hecho presencia en el ámbito de la cultura a través de la idea de interculturalidad que nombra la imposibilidad de una diversidad cultural constituida desde arriba, esto es deseada o decretada al margen de los procesos de intercambio entre las diversas culturas, intercambio que se ubica hoy en un claro más allá del ámbito que delimitan las fronteras geopolíticas de lo nacional, y cuya caracterización más profunda ha sido propuesta Paul Ricoeur al nombrarla como “entrecruce de irradiaciones”<sup>4</sup> entre culturas, que se configuran en redes. Para comprender la complejidad de esa irradiación cultural Ricoeur se apoya en el concepto de traducción .

Pues la interculturalidad halla en la traducción su paradigma tanto histórico como modelador, ya que en ella se hace patente la posibilidad de una mediación constitutiva entre pluralidad de culturas y unidad de lo humano. Es en la traducción entre lenguas

donde hemos aprendido las verdaderas posibilidades y también los límites de todo intercambio entre culturas. La traducción parte de la no-exterioridad, la no-extranjeridad, ña no-otredad radical, entre las más diversas lenguas, pues lo que ha demostrado la larga historia de la traducción misma es, primero, la traducibilidad de todas las lenguas –ahí está el desconcertante caso de los jeroglifos egipcios cuyo idioma se creyó intraducible durante siglos- y, segundo, la emergencia de la hibridación cultural como producción en y desde la traducción. Frente al fracaso de la también larga creencia en la existencia de una lengua matricial común, que nos ahorraría el largo camino del “cara a cara” entre cada cultura, la historia nos avoca a trabajar a la vez desde las condiciones de lo traducible y de lo indescifrable de cada cultura, y por lo tanto de la exigencia insuperable de que cada cultura conozca a las otras y se re-conozca como tal en las posibilidades y los límites de ese intercambio.

Lo que hace más productiva está concepción de la interculturalidad es su intrínseca relación con la idea de la identidad narrativa<sup>5</sup>, esto es, que toda identidad se genera y constituye en al acto de narrarse como historia, en el proceso y la práctica de contarse a los otros. Que es de lo que nos habla la preciosa polisemia en castellano del verbo contar. Pues contar significa narrar historias pero también ser tenidos en cuenta por los otros, y significa además hacer cuentas. En ese sólo verbo tenemos la presencia de las tres relaciones constitutivas. En primer lugar la relación del contar historias con el contar para los otros, con el ser tenidos en cuenta. Ello significa que para ser reconocidos por los otros es indispensable contar nuestro relato, ya que la narración no es sólo expresiva sino constitutiva de lo que somos tanto individual como colectivamente. Y especialmente en lo colectivo, las posibilidades de ser re-conocidos, tenidos en cuenta y de contar en las decisiones que nos afectan, dependen de la capacidad que tengan nuestros relatos para dar cuenta de la tensión entre lo que somos y lo que queremos ser. Y en segundo lugar se halla la relación también constitutiva del contar (narrar y ser tenido en cuenta) con el hacer cuentas, cuyo significado es doble. Pues si, de un lado ello, instauro la relación entre el reconocimiento y la participación ciudadana, la capacidad de participación e intervención de los individuos y las colectividades en todo aquello que les concierne; por otro, ello instauro también la relación perversa del narrar con el hacer cuentas, que es lo que introduce el mercado al cooptar desde el valor (comercial) el sentido de la circulación de las narraciones y las traducciones culturales.

Como el de interculturalidad también el concepto de sostenibilidad cultural <sup>6</sup> es un concepto en construcción. Procedente del pensamiento ecológico, la entrada en el campo cultural del concepto de sostenibilidad ha obedecido a una nueva percepción acerca de las densidad de las relaciones entre diferencia cultural y desigualdad social, y por ende entre cultura y desarrollo. En ese contexto sostenibilidad cultural apunta a tematizar explícitamente, tanto en el pensamiento como en la gestión, en primer lugar, la larga temporalidad de lo cultural en lo que ésta significa de contradicción permanente con la cada día más corta temporalidad del mercado, y también en lo que los procesos de la vida cultural tienen en común con los otros procesos sociales de las colectividades, con lo que ello implica de previsión, planeación y acompañamiento. Y en segundo lugar apunta a tener en cuenta las posibilidades mismas de desarrollo social que abre la creatividad cultural en sus ámbitos comunitarios e independientes, y en las diferentes modalidades de la industria cultural.

La sostenibilidad cultural se mueve sobre tres vectores básicos. El primero de ellos es la conciencia que una comunidad tiene sobre un capital cultural propio. Conciencia hasta hace poco soslayada, cuando no reprimida, por unas políticas culturales mayoritariamente instrumentales y difusionistas, en las que la cultura era algo radicalmente exterior a la vida de la comunidad, aquello a lo que se debía dar acceso a las colectividades y no aquello que las comunidades mismas heredan y renuevan, reproducen y recrean. Y por tanto algo que les pertenece y a partir de lo cual se sostienen los lazos de pertenencia en que se entretajan las identidades tanto sociales como culturales. En términos más generales este vector indica un giro colosal: el que coloca a la "sociedad civil", y no al Estado, como sujeto y actor central del desarrollo socio-cultural, giro que se inserta en el estratégico movimiento de desplazamiento que coloca políticamente a lo público donde hasta hace bien poco estaba lo estatal. Con la significativa diferencia que entraña el que lo estatal fue siempre considerado como uno mientras que lo público es claramente hoy un espacio plural, o como señaló yendo aun más lejos Hanna Arendt, heterogéneo.

El segundo vector es la capacidad de la colectividad para tomar decisiones que permitan conservar y renovar su capital cultural. Lo que, en otras palabras, significa que el grado de sostenibilidad de una cultura es proporcional al grado de su autonomía. Se

trata entonces del paso que re-sitúa a la cultura en el orden de la participación política de los ciudadanos, y que a su vez la reubica en ese otro orden específico de la formulación de políticas culturales. Está ya suficientemente constatado y estudiado el hecho de que sin el ejercicio de involucramiento de los ciudadanos en la cualificación de sus expectativas y demandas, y en su empoderamiento como actores de los procesos que implican decisiones, no habrá cultura que sobreviva a la planificada instrumentalización por el mercado de toda diferencia cultural.

Finalmente, el tercer vector es la capacidad de abrir la cultura propia al intercambio e interacción con las otras culturas del país y del mundo. Lo que aquí entra en juego es el doble movimiento de desenaclaje y reinscripción que experimentan las culturas locales movidas por los flujos y las dinámicas de la globalización económica y la mundialización tecno-cultural. Y lo que se trata de subrayar a este respecto es la importancia decisiva de que ese intercambio, forzosamente asimétrico en el movimiento que hoy se genera desde la hegemonía globalizadora del mercado, encuentre en las comunidades no una respuesta de repliegue a la defensiva, que aunque justificado como reacción acabará resultando altamente suicida, sino una respuesta proyectiva, que es aquella capaz de disputarle a los agentes de la globalización el sentido de las transformaciones sin las cuales es imposible un mínimo de sustentabilidad.

Desde dentro de las comunidades latinoamericanas<sup>7</sup> los actuales procesos de comunicación son percibidos a la vez como forma de amenaza a la supervivencia de sus culturas y al mismo tiempo como posibilidad de romper la exclusión, como experiencia de interacción que si comporta riesgos también abre nuevas figuras de futuro. Lo que está conduciendo a que la dinámica de las propias comunidades tradicionales desborde los marcos de comprensión elaborados por los folcloristas y no pocos antropólogos: hay en esas comunidades menos complacencia nostálgica con las tradiciones y una mayor conciencia de la indispensable reelaboración simbólica que exige la construcción de su propio futuro.

## II. La convergencia digital en la comunicación de las culturas



“Los intercambios virtuales configuran nuevos rasgos culturales a medida que tales intercambios se densifican y expanden hacia una gama creciente de ámbitos de vida de la gente. Al respecto se habla cada vez más de “culturas virtuales” para aludir a los cambios en las prácticas comunicativas por efecto de medios interactivos a distancia, que modifican la sensibilidad de los sujetos, sus formas de comprensión del mundo, la relación con los otros y las categorías para aprehender el entorno. Las culturas virtuales son mediaciones entre cultura y tecnología, constituyen sistemas de intercambio simbólico mediante los cuales se configuran sentidos colectivos y formas de representarse lo real”.

Martin Hopenhayn

La mirada intelectual aun hegemónica sobre las relaciones entre comunicación y cultura es todavía la que separan y opone el elevado ámbito de la cultura al mundano y mercantil espacio de la comunicación. Un purismo, exacerbado por la banalización de la comunicación y la masiva y perversa mercantilización de los medios, está reconduciendo a hacer de la cultura el desnudo ámbito de lo simbólico, como si ese ámbito no hubiera estado siempre entrecruzado por el oscuro espesor del intercambio social que anuda la creación a la producción y al ejercicio del poder. Quizá el mejor ejemplo de la insoslayable hibridación entre cultura y comunicación se halle hoy en la relación entre música y sensibilidades jóvenes<sup>2</sup>: haciendo parte del más próspero y sesgado negocio mediático, la música es a la vez parte la más expresiva experiencia de apropiación, de creatividad cultural y de empoderamiento social por parte de los jóvenes.

Pero no sólo entre las elites intelectuales, también en la gestión de las instituciones culturales, lo que concierne a los medios es aun mirado sospechosamente desde un complejo-reflejo cultural apoyado más en la nostalgia que en la historia, lo que está impidiendo asumir en serio la heterogeneidad de la producción simbólica<sup>8</sup> que hoy representan las culturas para poder responder a las nuevas demandas culturales enfrentando sin fatalismos las lógicas de la industria cultural. Lo que a su vez implica asumir que aquello que pone en juego la intervención de la política en la comunicación y la cultura no concierne solamente a la gestión de unas instituciones o unos servicios, a la distribución de unos bienes o la regulación de unas frecuencias sino a la producción misma del sentido de lo social y sus modos de reconocimiento entre los ciudadanos. Es por ahí que pasan unas desfasadas concepciones de la comunicación que siguen desconociendo la competencia comunicativa de los ciudadanos<sup>9</sup>. La comunicación en la cultura deja entonces de tener la figura del intermediario entre creadores y consumidores,

para asumir la tarea de disolver esa barrera social y simbólica descentrando y desterritorializado las posibilidades mismas de la producción cultural y sus dispositivos.

Corroborando esa imbricación entre cultura y comunicación emergen los dos procesos que están transformando radicalmente el lugar de la cultura en nuestras sociedades: la revitalización de las identidades y la revolución de las tecnicidades. Los procesos de globalización están reavivando la cuestión de las identidades culturales – étnicas, raciales, locales, regionales- hasta el punto de convertirlas en dimensión protagónica de muchos de los más violentos y complejos conflictos internacionales de los últimos años, al mismo tiempo que las identidades, incluidas las de género y de edad, están reconfigurando la fuerza y el sentido de los lazos sociales, y las posibilidades de convivencia en lo nacional y en lo local. Y es que en cuanto proceso de inclusión/exclusión a escala planetaria, la globalización está convirtiendo a la cultura en espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el “estar juntos”, y en lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas, estéticas y sexuales. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, desde las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla. Pues lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de reconocimiento y de sentido. Y ni el uno ni el otro son formulables en meros términos económicos o políticos, pues ambos se hallan referidos al núcleo mismo de la cultura en cuanto mundo del pertenecer a y del compartir con. Razón por la cual la identidad se constituye hoy en la fuerza más capaz de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental.

De otra parte, atravesamos una revolución tecnológica cuya peculiaridad no reside tanto en introducir en nuestras sociedades una cantidad inusitada de nuevas máquinas sino en configurar un nuevo nuevo entorno o ecosistema comunicativo. Es al constituirse en tercer entorno<sup>10</sup> –que se imbrica en los entornos natural y urbano/social- como la tecnología digital está configurando nuestros modos de habitar el mundo y las formas mismas del lazo social.

## **1. Cuando la tecnicidad se torna estructural**

Lo que la convergencia tecnológica nos pone a pensar es, en primer lugar, el surgimiento de una razón comunicacional cuyos dispositivos —la fragmentación que disloca y descentra, el flujo que globaliza y comprime, la conexión que desmaterializa e hibrida— agencian el devenir mercado del conjunto de la sociedad. Frente al consenso dialogal con el que Habermas<sup>11</sup> identifica a la razón comunicativa, descargada de las contradicciones políticas que introducen la mediación tecnológica y mercantil, lo que estamos necesitando descifrar es la hegemonía comunicacional del mercado agenciando un nuevo modelo de sociedad en el que la comunicación/información resulta siendo el más eficaz motor del desenganche e inserción de las culturas —étnicas, nacionales o locales— en el espacio/tiempo del mercado.

Pero la globalización no es un puro avatar de la economía y el mercado sino el movimiento que, al hacer de la comunicación y la información la clave de un nuevo modelo de sociedad, empuja todas las sociedades hacia una intensificación de sus contactos y sus conflictos, exponiendo todas las culturas unas a otras como jamás antes lo estuvieron<sup>12</sup>. Hasta las comunidades nómadas de la Amazonía —que rehuyen en forma manifiestamente violenta su encuentro con los otros— se topan frecuentemente hoy con esos nómadas modernos que patrocina el “turismo ecológico”, esa especie de antiturismo que sale de su mundo para ir justamente al encuentro de los otros, en búsqueda de experiencias del otro! La antropológicamente constitutiva relación entre cultura y comunicación se acentúa cuando algunas de las transformaciones culturales más decisivas provienen de las mutaciones que atraviesa el entramado tecnológico de la comunicación afectando la percepción que las comunidades culturales tienen de si mismas y sus modos de construir las identidades.

La actual reconfiguración de las culturas indígenas, locales, nacionales, responde especialmente a la intensificación de la comunicación e interacción de esas comunidades con las otras culturas del país y del mundo. Desde dentro de las comunidades locales los actuales procesos de comunicación son cada día mejor percibidos como una oportunidad de interacción con el conjunto de la nación y del mundo. Y sin dejar de luchar por sus tierras, esa lucha hace hoy parte de su lucha por el Estado, esto es, por contar a la hora de construir país.

Es el lugar mismo de la cultura en la sociedad el que cambia cuando la mediación tecnológica de la comunicación deja de ser meramente instrumental para espesarse, densificarse y convertirse en estructural. Pues la tecnología remite hoy no sólo y no tanto a la novedad de los aparatos sino a nuevos modos de percepción y de lenguaje, a nuevas sensibilidades y escrituras. Radicalizando la experiencia de des-anclaje producida por la modernidad, la tecnología deslocaliza los saberes modificando tanto el estatuto cognitivo como institucional de las condiciones del saber y las figuras de la razón<sup>13</sup>, lo que está conduciendo a un fuerte emborronamiento de las fronteras entre razón e imaginación, saber e información, naturaleza y artificio, arte y ciencia, saber experto y experiencia profana. Así, al mismo tiempo que afrontamos una creciente oleada de fatalismo tecnológico combinado con el más radical pesimismo político, nos hallamos ante una mutación tecnológica que ha entrado a configurar un nuevo ecosistema comunitivo. Ecosistema en el que la experiencia audiovisual trastornada por la revolución digital apunta hacia la constitución de una visibilidad cultural que es hoy el estratégico escenario de una decisiva batalla política contra el viejo y excluyente poder de la letra que a lo largo de un siglo y medio ha desconocido la diferencia y la riqueza de las oralidades y visualidades culturales, esas mismas que entrelazan ahora sus memorias a los imaginarios de la virtualidad para dar nuevo sentido y nueva forma a las tradiciones culturales.

## **2. De la convergencia como transparencia comunicativa a la convergencia como conectividad e interacción cultural**

Convergencia digital es el nuevo nombre de un proceso y un paradigma cuya primera figura fue, desde fines de los años '80, la de la "transparencia comunicativa". Se trató de un paradigma plenamente integrado (en el sentido que a esa palabra le ha dado U.Eco) puesto que lo que en verdad desde él se proponía era la ideología del "todo es comunicación", que en su traducción en términos de información vino a legitimar descaradamente las lógicas de la des-regulación de los mercados. De manera que la envergadura política de esa primera figura de la convergencia tecnológica es nada más y nada menos que la justificación técnica de la concentración económica. En el rediseño de nuestros Estados por las políticas neoliberales el descentramiento alentado por las nuevas configuraciones de la tecnología ha pasado a servir de cobertura ideológica a la más

desvergonzada concentración de medios en oligopolios impensables hace unos pocos años. Del arraigo que marcara la compra de Time-Warner por A.O.L en USA y la fusión entre Vivendi-Seagram-Canal+ en Europa a la hiperconectividad como segunda figura [TV-Internet-Telefonía móvil] nos hallamos ante la intensificación en el plano de la concentración económica de lo que la digitalización sin barreras significa en el plano técnico.

Pero todo ese proceso de convergencia/concentración del poder mediático no puede llevarnos a invisibilizar ni desvalorizar su otra vertiente, esto es lo que de estratégico entraña una mutación tecnológica que ha entrado a potenciar y densificar el nuevo ecosistema comunicativo. La experiencia cultural, audiovisual trastornada por la revolución digital, apunta hacia la constitución de nuevas modalidades de comunidad (artística, científica, cultural) de una nueva esfera de lo público ligadas ambas al surgimiento una visibilidad cultural que es el escenario de la decisiva batalla política que hoy pasa por la des-localización de los saberes trastornando sus viejas, pero aun prepotentes, jerarquías<sup>13</sup>, diseminando los espacios donde el conocimiento se produce y los circuitos por los que transita, y posibilitando a los individuos y las colectividades insertar sus cotidianas culturas orales, sonoras y visuales, en los nuevos lenguajes y las nuevas escrituras. En América Latina nunca el palimpsesto de las memorias culturales múltiples de su gente tuvo mayores posibilidades de empoderarse del hipertexto en que se entrecruzan e interactúan lectura y escritura, saberes y haceres, artes y ciencias, pasión estética y acción política.

Convergencia tecnológica significa entonces la emergencia de una nueva economía cognitiva regida por el desplazamiento del estatuto del número que de signo del dominio sobre la naturaleza pasando a convertirse en mediador universal del saber y del operar técnico/estético, lo que viene a significar la primacía de lo sensorio/simbólico sobre lo sensorio/motriz. Pues la numerización digital hace posible una nueva forma de interacción entre la abstracción y lo sensible, replanteando por completo las fronteras entre la diversa de saberes y de modos de hacer .

La mirada crítica nos advierte certeramente de los riesgos que entraña el actual desarrollo tecnológico en sus complicidades con las lógicas del mercado y los procesos de

agravamiento de la exclusión social. Y es justamente por eso que nuestra inserción en la nueva mundanidad técnica no puede ser pensada como un automatismo de adaptación socialmente inevitable sino más bien como un proceso densamente cargado de ambigüedades y contradicciones, de avances y retrocesos, un complejo conjunto de filtros y membranas<sup>15</sup> que regulan selectivamente la multiplicidad de interacciones entre los viejos y los nuevos modos de habitar el mundo. De hecho la propia presión tecnológica está suscitando la necesidad de encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y de relaciones tanto con los objetos como con las personas, relaciones en las que la densidad física y el espesor sensorial readquieren el valor primordial. De eso hablan la búsqueda de las medicinas alternativas o el esfuerzo por reencontrarse con el propio cuerpo y el de los otros recobrando el contacto y la inmediatez en la comunicación.

La velocidad de la expansión a los estratos más pobres en nuestros países de la telefonía móvil y del acceso al correo electrónico, marca un proceso inesperado de conexión de las mayorías a la red digital que, entran así a habitar el nuevo espacio comunicacional desde el que pueden conectar los territorios de la emigración con los del propio país, intercambiando músicas y fotografías con sus parientes y amigos del otro lado del Atlántico y del mundo.

Una particular y pionera experiencia de convergencia cultural digitalmente mediada, a la que aun no se le está prestando toda la atención que merece desde el campo académico, es la de los adolescentes y los jóvenes. Para ellos el computador no es ya una máquina sino una tecnicidad cognitiva y creativa<sup>16</sup>. Claro que los educadores tienen todo el derecho a preguntarse qué le está pasando al cuerpo cuando alguien pasa tantas horas frente a una pantalla, pero el verdadero problema no es qué le hace el computador al cuerpo sino cómo afectan al cuerpo los nuevos modos de habitar el cuerpo y los nuevos saberes acerca de él, o sea la tecnobiología y la genética, y ellas tanto en sus posibilidades como en sus perversiones.

Que es la pregunta que ha tenido la osadía de hacerse Donna J. Haraway<sup>18</sup> al pensar no las posibilidades de transformación cosmética del cuerpo sino las posibilidades del cuerpo-cyborg, esa hibridación que aterra a todos los adultos de mi generación porque es la aleación más desafiante al cuento racionalista que nos hemos contado en Occidente.

Pues mientras toda la historia de la evolución de lo humano es una historia plena de hibridaciones, de transfusiones de lo natural en lo artificial, y viceversa, el racionalismo en que se convirtió el idealismo antiguo ha pretendido mantener en mundos separados la episteme y la techné, el conocimiento y la técnica, dotando al primero de toda la positividad de la invención y reduciendo la técnica a mero instrumento o utensilio. Lo que nos ha impedido radicalmente pensar las relaciones constitutivas que siempre hubo -pero que nunca como hoy se hicieron patentes- entre ciencia y técnica. De ahí que la existencia de la tecnociencia nos desafie a pensar no la singularidad del "mundo de la técnica" sino, como advirtiera Heidegger, la tecnicidad del mundo, esto es la técnica como dimensión constituyente de lo humano<sup>18</sup>. Es a ese desafío al que van dirigidos los esfuerzos por pensar la convergencia tecnológica como entorno y ecosistema comunicativo, hoy socialmente tan estratégico como el ecosistema verde.

La convergencia digital introduce en las políticas culturales una profunda renovación del modelo de comunicabilidad, pues del unidireccional, lineal y autoritario paradigma de la transmisión de información, hemos pasado al modelo de la red, esto es al de la conectividad y la interacción que transforma la mecánica forma de la conexión a distancia por la electrónica del interfaz de proximidad. Nuevo paradigma que se traduce en una política que privilegia la sinergia entre muchos pequeños proyectos, por sobre la complicada estructura de los grandes y pesados aparatos tanto en la tecnología como en la gestión.

### **3. Por unas políticas públicas de convergencia cultural**

La diversidad cultural atraviesa hoy una bien peculiar situación. Por una parte, la convergencia digital constituye hoy el ámbito de dos cruciales oportunidades: primera, la que abre la digitalización posibilitando la puesta en un lenguaje común de datos, textos, sonidos, imágenes y videos, desmontando la hegemonía racionalista del dualismo que hasta ahora oponía lo inteligible a lo sensible y lo emocional, la razón a la imaginación, la ciencia al arte, y también la cultura a la técnica o el libro a los medios audiovisuales; y segunda: la configuración de un nuevo espacio público construido desde los movimientos sociales, las comunidades culturales y los medios comunitarios. Ambas oportunidades se hallan configurados por una enorme y diversa pluralidad de actores y pero que **convergen** sobre un compromiso emancipador y una cultura política en la que

la resistencia es al mismo tiempo forjadora de iniciativas y de alternativas. De otra parte una creciente conciencia del valor de la diferencia , de la diversidad y la heterogeneidad en el plano de las civilizaciones y las culturas étnicas, locales y de género, se enfrenta a un poderoso movimiento de uniformación de los imaginarios cotidianos en las modas del vestir y los gustos musicales, en los modelos de cuerpo y las expectativas de éxito social, en las narrativas con mayor público en el cine, la televisión y el videojuego. Esa tensión ha sido resuelta por el mercado convirtiendo a la diferencia cultural en estratagema de reterritorialización y personalización de las practicas de diferenciación social. Como observa sagazmente David Harvey el mecanismo opera mediante “la paradoja de que cuanto menos decisivas se tornan las barreras espaciales tanto mayor es la sensibilidad del capital hacia las diferencias del lugar y tanto mayor el incentivo para que los lugares se esfuercen por diferenciarse como forma de atraer el capital”<sup>20</sup>. Paradoja que en el ámbito individual puede ser traducida colocando el esfuerzo por diferenciarse en el centro de la lucha de los individuos por salir del anonimato social a que les condena el propio sistema.

La posibilidad de unas políticas públicas que se propongan asumir la complejidad de estos procesos pasa por el establecimiento de unos marcos regulatorios de alcance a la vez mundial y local, que son los dos espacios estratégicos en que se mueve hoy tanto la economía como la tecnología y la cultura. Marcos regulatorios que sólo podrán salir de una negociación entre los actores públicos, privados e independientes, tanto del ámbito nacional como internacional y local. Pues como lo demuestran los Foros mundiales de Davos y Porto Alegre, y especialmente las reuniones preparatorias de la Cumbre MSI, esos actores cuentan hoy con organismos, organizaciones y asociaciones capaces de representar los diferentes intereses en juego. Esto quiere decir que lo que la presencia de las TIC (Tecnologías de Información y Comunicación) está produciendo a lo largo y ancho del mundo no es comprensible, ni proyectable políticamente, mas que a partir de una visión integral capaz de ubicar en el entorno de los procesos de desarrollo económico-social, y de las prácticas de participación democrática, los impactos y las potencialidades de esas tecnologías.

Lo planteado contrasta con la ausencia del sector público en la conducción de los cambios tecnológicos, ausencia hecha visible por el salto de unas políticas legalistas y



voluntaristas en comunicación y cultura -durante los años setenta y ochenta- a la más pura y dura desregulación que en los años '90 deja libre al mercado para marcar las lógicas y las dinámicas de la transformación de las TIC. Con un agravante, que mientras eso sucede en el plano de las telecomunicaciones y de los grandes medios, el Estado regula hasta el extremo a los pequeños medios, como las emisoras de radio y las televisiones locales y comunitarias, multiplicando las trabas legales a su funcionamiento y expansión. Es por eso que además de la enorme brecha entre los países del Norte y el Sur encontramos que en los países más grandes y económicamente fuertes del Sur las oportunidades de conectarse a las redes ofrecen el índice de desigualdad más brutal: según la CEPAL "en el año 2004 el grupo de ingresos más altos en Brasil alcanzaba una tasa de conectividad del 82% mientras que la tasa nacional era sólo del 12%"<sup>21</sup>. Pues la "brecha digital" es en realidad una brecha social, esto es, no remite a un mero efecto de la tecnología digital sino a una organización de la sociedad que impide a la mayoría acceder y apropiarse tanto física, como económica y mentalmente, de las TIC.

Pero frente a esa situación también encontramos en América Latina algunos escenarios estratégicos de intervención de las políticas públicas, escenarios especialmente apropiados para hacer que la convergencia digital promuevan y fortalezcan la diversidad cultural.

El más revelante es el potencial estratégico que representan ya las redes digitales que tejen la integración sociocultural del espacio latinoamericano movilizándolo investigaciones científicas, experimentaciones artísticas y medios de comunitarios de radio y televisión. Tanto desde los pequeños municipios rurales como desde grandes barrios urbanos los sectores populares, ya sea mediante el protagonismo de jóvenes como incluso en algunas comunidades indígenas, estamos ante una intensiva apropiación comunitaria de la radio y la televisión para comunicar a las comunidades locales entre sí y a estas con otras en el mundo con el objetivo de rehacer el tejido colectivo de memoria y contrainformación, o movilizándolo la imaginación para participar en la construcción de lo público.

Un segundo escenario es que el ofrecen las redes tejidas por los emigrantes, desde las de emigrantes ecuatorianos en España que se comunican en quechua, o de los mexicanos en USA que pasean por la web a la Virgen de Guadalupe vestida de chicana y en moto, o las del netart plástico y musical que los jóvenes hacen circular ya no sólo entre

los conacionales sino entre todos los migrantes latinos o sudacas, y mediante las cuales la convergencia digital hace ya parte constitutiva del espacio cultural iberoamericano en construcción.

Un tercer escenario, aunque con retraso y precarias condiciones aun, es la escuela pública, que comienza a converger con las tecnologías digitales desde las que se están reconfigurando profundamente tanto los modos de producción y circulación del conocimiento como los mapas laborales y profesionales. Pues los cambios más de fondo que acarrea la sociedad de la información tienen justamente que ver con las nuevas destrezas mentales requeridas por los nuevos oficios, las nuevas modalidades aprendizaje formales y no formales, las nuevas formas de relación entre trabajo y juego, entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo.

Y un cuarto escenario lo constituye la creciente conciencia de que los Derechos a la Información y el Conocimiento hacen parte integral de los Derechos Humanos. Nos referimos tanto al el derecho de los ciudadanos y los grupos sociales al acceso a la información no sólo como receptores sino también como productores; y al derecho la participación del, y en, el conocimiento. Pues de un lado, la hipervaloración de la información está produciendo una fuerte devaluación de los saberes tradicionales no informatizables, como las estrategias campesinas de supervivencia, las experiencias de vida en los inmigrantes, la memoria cultural de los ancianos, etc. De modo que en últimas "sociedad de la información" está significando en nuestros países la expansión de una sociedad del desconocimiento. esto es, del no reconocimiento de la pluralidad de saberes y competencias culturales que, siendo compartidas por las mayorías populares o las minorías indígenas o regionales, no están siendo incorporadas como tales ni a los mapas de la sociedad ni siquiera a los de sus sistemas educativos.

Y junto a ese conjunto de escenarios para políticas públicas queremos terminar proponiendo un mapa de acciones estratégicas<sup>22</sup> a poner en marcha para la que la revolución digital sirva a una revolución que haga posible el reconocimiento del verdadero valor, de la riqueza que entraña la diversidad cultural.

**Alfabetización virtual** Así como a la base material de la inserción en la sociedad de la información se hallan unas infraestructuras técnicas, para apropiarse de los beneficios

procurados por las TIC nuestros países van a requerir dotarse de una nueva base cultural que posibilite el acceso real de las mayorías a los diversos usos de las TIC y a su producción creativa. Proporcionar a nuestras sociedades latinoamericanas en su conjunto esa base cultural va a requerir de un proyecto tan exigente, y de tanto o mayor empeño, que la dotación de infraestructuras materiales. Denominamos a ese proyecto alfabetización virtual, y la entendemos conformada por el conjunto de destrezas mentales, hábitos operacionales y talante interactivo sin los cuales la presencia de las tecnologías entre la mayoría de la población será desaprovechada, o pervertida por el usufructo que de ella hace una minoría en su particular beneficio. Así como en otro momento de su historia toda Latinoamérica se dió como proyecto social básico la alfabetización de adultos, diseñada por Paulo Freire, así ahora nuestras sociedades se hallan necesitadas de un nuevo proyecto de **alfabetización virtual** no de un grupo social particular sino del conjunto de la población, desde los niños a los ancianos, desde las comunidades urbanas a las rurales y las indígenas, los trabajadores y los desempleados, los desplazados y los discapacitados.

Se trata de una alfabetización cuya principal peculiaridad reside en ser interactiva, esto es en la que el aprendizaje se realiza mediante el proceso mismo de uso de la tecnología. Un uso que puede y, en ciertos casos, deberá ser orientado, pero que en ningún caso puede ser suplido por meros conocimientos convencionales. Hay sin duda una convergencia a establecer entre alfabetización letrada y alfabetización virtual, de manera que aquella sea integrada a ésta como factor dinamizador de los procesos pero a sabiendas de que la cultura virtual reordena las mediaciones simbólicas sobre las que pivota la cultura letrada al replantear no pocas de las demarcaciones espacio-temporales que ésta supone. Navegar es también leer pero no de izquierda a derecha ni de arriba abajo, ni siguiendo la secuencia de las páginas, sino atravesando textos, imágenes y sonidos, conectados entre sí por muy diversos modos de articulación, simulación, modelado o juego. Modos esos de articulación virtual cuya habilidades hacen parte indispensable de los saberes que requiere cada día con mayor frecuencia el mundo laboral y cultural de hoy.

La infraestructura de las bibliotecas públicas deberá convertirse en espacio estratégico en cuanto como punto de acceso básico por parte de las mayorías tanto a las

redes como a la alfabetización virtual. La convergencia entre los servicios tradicionales y los nuevos, que introducen las redes virtuales, debe ser asumida como desafío a la vez pedagógico y ciudadano ya que en ella se juega la estratégica relación entre información, interacción creativa y participación social.

**Investigación de los modos de apropiación tecnológica** Junto con la nueva alfabetización, la inserción de nuestros países en los desafíos y potencialidades de las tecnologías digitales pasa por un proyecto compartido de investigación a cerca de los modos como las culturas locales -municipios, etnias, regiones- se están apropiando de las culturas virtuales, esto es, de las modalidades de interacción con las redes de información que las comunidades seleccionan y desarrollan, de las transformaciones que sus usos introducen en la vida colectiva, y de los nuevos recursos –técnicos y humanos- requeridos para volver socialmente creativas y productivas esas interacciones. Justamente porque lo que producen las nuevas TIC es el desancleje de las culturales territoriales y su inserción en los ritmos y virtualidades del ciberespacio, nuestro sistema educativo y cultural necesita hacer un seguimiento cercano y permanente a las formas en que las diversas culturas territoriales están procesando los cambios, y para ello diferenciando edades, género, ciudades grandes y pequeñas, ámbitos rurales industrializados y subdesarrollados.

**Digitalización del patrimonio** La puesta en red digital del patrimonio ofrece hoy una posibilidad estratégica tanto de su conservación como de la democratización de sus usos. La primera no necesita mayor argumentación dada la fragilidad de muchos de los documentos y otros bienes culturales y la fragmentariedad y precariedad de no pocos utensilios. La conservación digital no sólo posibilita la protección de los bienes sino que facilita su estudio y su permanente activación, esto es su puesta en conexión con otros ya en términos conológicos o temáticos, generales o especializados.

La digitalización hace así mismo posible la visibilización local y mundial de nuestro patrimonio, incluyendo aquí de modo especial la puesta en común de los diversos patrimonios nacionales y locales latinoamericanos. De un lado, se trata de democratizar, esto es de acercar el acervo patrimonial de estos países a sus propios ciudadanos para su conocimiento y disfrute, para el cuidado de la memoria histórica “real” -no oficial ni homogénea sino plural- y su apropiación por parte de las diversas generaciones y

poblaciones hasta la más alejada de las metrópolis. Y de otra parte, se trata de una nueva manera como nuestras culturas pueden estar en el mundo, mostrando la riqueza de la historia y la creatividad del presente, desmontando clichés y estereotipos exóticos, atrayendo turismo. Y ello en las múltiples formas en las que hoy posibilita el hipertexto: en imágenes fijas y móviles, en sonoridades y músicas, en codices y textos. Mediante bancos de datos, imágenes, narraciones orales, músicas, canciones, fondos temáticos o exposiciones virtuales.

**Expansión la creatividad a la red** Las redes digitales no son únicamente un lugar de conservación y difusión de los bienes culturales y artísticos, sino un espacio de experimentación y creación estética. La experimentación hipertextual posibilita nuevas formas de hacer arte mediante arquitecturas de lenguajes que hasta ahora no habían sido actualizables. De otro lado la conectividad interactiva replantea la excepcionalidad de las "obras" y emborrona la singularidad del artista desplazando los ejes de lo estético hacia las interacciones y los acontecimientos, esto es hacia un tipo de "obra" permanentemente abierta a la colaboración de los navegantes creativos. Metafora de las nuevas modalidades de lo social, la creación en la web posibilita performatividades estéticas que la virtualidad abre no sólo para el campo del arte en particular sino también para la recreación de la participación social y política que pasa por la activación de las diversas sensibilidades y socialidades hasta ahora tenidas como incapaces de actuar y de crear, y de interactuar con la contemporaneidad técnica.

**Libre acceso a todas las creaciones humanas** Una de las más rentables trampas a través de la cual opera el proceso de expropiación de las mayorías a los bienes culturales de la humanidad es la tramposa protección a la propiedad intelectual : categoría ésta espúrea , pues en ella lo intelectual queda equiparado y reducido a lo mercantilmente apropiable, y mistificadora del derecho de autor , un derecho que es definitivamente cooptado por la idea de patente y su pseudo jurisprudencia comercial. Necesitamos poner al descubierto las formas y alcances del actual sometimiento que sufren el cocimiento científico y la experimentación estética por el desmantelamiento de las múltiples modalidades de regulación que impedían la extensión e invasión de la propiedad a los

terrenos de los saberes, las prácticas y los servicios antes considerados públicos y que internet transforma hoy en bienes comunes.

Así es como funciona la más nueva y, quizá una de las más fecundas figuras de la convergencia cultural hoy, la de las redes culturales<sup>23</sup>, animadas cotidianamente por artistas y por gestores, por formadores y por instituciones municipales y comunidades barriales. Con la enorme ganancia que entraña el que una de las tareas asumidas por muchos de los nuevos actores es la de veedores ciudadanos, empeñados en la fiscalización de los proyectos y las decisiones de las que parten, de los dineros y de los tipos de intercambio promovidos. Las redes culturales se están convirtiendo en el nuevo espacio público de intermediación entre actores diversos de un mismo país, entre actores del mismo ámbito –políticas, gestión, formación- en diversos países, o bien movilizando transversalidades y transdisciplinidades que enriquecen desde el campo político el trabajo académico y desde el de la creación artística al campo político. Estamos ante la posibilidad histórica, no sólo tecnológica sino ciudadana, de renovar radicalmente el entramado político de la interculturalidad tejiendo redes que enlacen cada día más el mundo de los artistas y trabajadores culturales con el de instituciones territoriales y las organizaciones sociales. Y lo vamos a necesitar pues sólo densificando y potenciando al máximo el tejido de los actores sociales e institucionales de nuestras culturas, y creando a lo largo del mundo alianzas lo más anchas posibles, podremos hacer frente a la ofensiva de desmovilización política e instrumentalización cultural que la globalización del miedo y las nuevas industrias de la seguridad han emprendido ya.

No puedo terminar esta reflexión sin enlazarla con las “razones de mi esperanza” (de las Borges habló en un temprano libro titulado El tamaño de mi esperanza) que articulan la investigación y el hacer político del que esto escribe. Me refiero a “la segunda oportunidad” (García Marquez) que, para los que han vivido cien años de soledad, puede entrañar la convergencia entre sus oralidades culturales y las nuevas visualidades y escrituras cibernéticas si las culturas letradas aceptaran transformar su didactismo autoritario en mediación ciudadana performativa. Pues la subordinación de las oralidades, sonoridades y visualidades de las mayoría al orden excluyente de la letra sufre actualmente una erosión creciente e imprevista que se origina, de un lado, en la deslocalización y diseminación de los “tradicionalmente modernos” circuitos del conocimiento,

y de otro, en los nuevos modos de producción y circulación de lenguajes y nuevas escrituras que emergen a través de la tecnicidad electrónica, y especialmente en internet. Estamos así ante un nuevo escenario cultural y político que puede ser estratégico, primero, para la transformación de un sistema educativo excluyente no solo cuantitativa sino sobretodo cualitativamente, y profundamente anacrónico por relación a las mutaciones que atraviesa las culturas cotidianas; segundo, para que la democratización de nuestras sociedades llegue al mundo de las culturas de las mayorías posibilitando a las poblaciones apropiarse, desde sus propias culturas, de los nuevos saberes, lenguajes y escrituras.

---

## **NOTAS**